



Las Aspirantes: mujeres (in)visibles de Malvinas

Entrevista a Gretel Suárez y Nancy Stancato

Las Aspirantes: (In)visible Women of Malvinas
Interview with Gretel Suárez and Nancy Stancato

Melisa Antonella D'Alessandro
melisadalessandro@hotmail.com
<https://orcid.org/0000-0001-5300-7415>

Universidad Nacional de General Sarmiento
Argentina

Pablo Francisco Gullino
pablogullino@gmail.com
<https://orcid.org/0000-0003-3843-662X>

Universidad Nacional de General Sarmiento
Argentina

Resumen

Entrevista realizada en mayo de 2024 con Gretel Suárez, directora del documental *Las Aspirantes* (2017), y Nancy Susana Stancato, una de sus protagonistas. En el documental, Gretel narra la experiencia de un grupo de enfermeras aspirantes navales durante la Guerra de Malvinas. La mayoría de ellas, menores de edad, además de atender a heridos y brindar cuidados durante el conflicto, enfrentaron abusos y maltratos por parte de las autoridades militares. Nancy, una de las aspirantes de la carrera de Enfermería Naval, nos brinda un amplio testimonio que permite tener un acercamiento sensible a la historia de las mujeres de Malvinas.

Palabras clave

memorias, documental, Malvinas



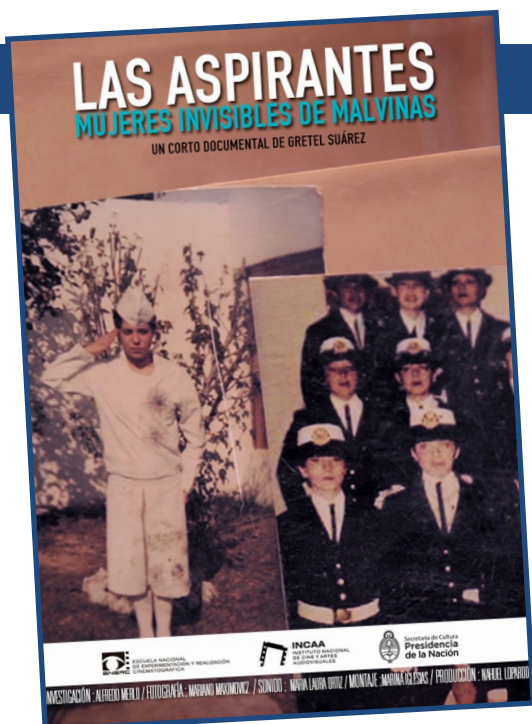


Abstract

Interview conducted in May 2024 with Gretel Suárez, director of the documentary *Las Aspirantes* (2017), and Nancy Susana Stancato, one of its protagonists. In the documentary, Gretel narrates the experience of a group of naval nursing trainees during the Malvinas War. Most of them, minors, in addition to assisting the wounded and providing care during the conflict, faced abuse and mistreatment by military authorities. Nancy, one of the trainees in the Naval Nursing program, provides a comprehensive testimony that allows for a sensitive approach to the history of the women of the Malvinas War.

Keywords

memories, documentary, Malvinas



FICHA TÉCNICA

- > **DIRECCIÓN:** Gretel Suárez
- > **AÑO:** 2017
- > **ENTREVISTADAS:** Nancy Stancato, Claudia Patricia Lorenzini, Virginia Bonilla, Nancy Castro, Sonia Bonino y Alejandra Rossini
- > **Realizado en el marco de los talleres de la Escuela de Experimentación y Realización Cinematográfica (ENERC), dependiente del Instituto Nacional de Cine y Artes Audiovisuales (INCAA)**
- > **Disponible en CINE.AR y YouTube**





Presentación

En mayo de 2024, realizamos una entrevista con Gretel Suárez, directora del documental *Las Aspirantes* (Suárez, 2017), y Nancy Susana Stancato, una de las protagonistas del cortometraje. La entrevista abordó el papel de las mujeres en las guerras a lo largo de la historia y exploró el impacto del trabajo de Gretel en visibilizar las experiencias de estas mujeres.

Gretel Suárez, formada en Realización Cinematográfica en la Escuela Nacional de Experimentación y Realización Cinematográfica (ENERC), filmó el cortometraje *Las Aspirantes* como parte de su tesis documental. El mismo narra la experiencia de un grupo de enfermeras aspirantes navales durante la Guerra de Malvinas. La mayoría de ellas, menores de edad, además de atender a heridos y brindar cuidados durante el conflicto, enfrentaron abusos y maltratos por parte de las autoridades militares. Como directora, Gretel destaca la gran responsabilidad que siente al tratar una temática tan importante para las mujeres de Malvinas.

Por su parte, Nancy Stancato, una de las aspirantes de la carrera de Enfermería Naval, nos brindó un amplio testimonio que permite tener un acercamiento sensible a la historia de las mujeres de Malvinas. Durante más de tres décadas, mujeres como Virginia Bonilla, Claudia Patricia “Pato” Lorenzini (fallecida en 2017), Nancy Stancato, Sonia Bonino, Ale Rossini y muchas otras valientes, fueron ignoradas por la historia y desconsideradas por la ciudadanía. El documental busca romper el muro de silencio y lograr el reconocimiento que estas veteranas merecen.



Gretel Suárez: El documental *Las Aspirantes* nace en el marco del



ENERC. Éramos, en aquel entonces, todos estudiantes y nos solicitaron realizar un cortometraje que no durase más de 15 minutos. Nuestro guionista había visto una noticia en Infobae muy amarilla, con un título muy amarillo, que decía una barbaridad tremenda sobre una de las compañeras de Nancy, y preguntó: “Che, ¿por qué no hablamos de esto?”.

En ese momento, no entendía por qué nadie sabía que durante la Guerra de Malvinas hubo mujeres que prestaron servicios. El interés y la curiosidad en el tema nace desde ahí. ¿Cómo es que nadie sabe todo esto? Estas cuestiones no se dan en la escuela. Entonces, empezamos a rastrear por las redes sociales y ahí di con Claudia Patricia Lorenzini, nuestro primer contacto. Tuvimos nuestra primera charla para empezar a construir este documental. Nos invitaron a una marcha en la que iban a desfilan y fuimos con las cámaras y los micrófonos para registrar. Generamos un montón de material, pero solo teníamos 15 minutos para poder contar.

Nancy Stancato: Entré a la Marina con 16 años recién cumplidos. En 1982 tenía 17 años, así que soy de la segunda promoción de mujeres militares. Mi papá era bombero de policía. Estábamos en plena época militar, entonces, por el clima de violencia de la época, yo no podía salir porque mi familia tenía miedo de que me pasara algo. Estaba encerrada en casa todo el tiempo.

Un día vi una publicidad con mujeres marchando con uniforme, con armas. ¡Todo lo que hacían los varones!. Entonces me dije: “Yo quiero hacer eso”. Insistí mucho hasta que mi papá lo aceptó y fue mi mamá quien me acompañó a la sede donde me avisaron que había que rendir dos exámenes: uno psicofísico y otro de cultura general. De todas las que nos anotamos de La Plata, entramos solo cuatro. Aprobamos y éramos un grupito donde la mayor tenía 21 años. El resto éramos menores.





Llegué a mi casa y, a pesar de que faltaban varios meses, yo ya quería armar la valija. ¡Y eso que nunca había dormido afuera de mi casa! Ahí fue cuando los vecinos me ayudaron a comprar todo para que pudiera ir: zapatillas, vestidos, zapatos con taco, etc. Las cosas que me pedía la Armada. Cuando me fui, el barrio entero me organizó la despedida.

¿Cómo fue la vida al llegar a la Base?

Nancy: Cuando llegamos había una lluvia torrencial. Muchas venían de Salta y de Jujuy. Pero también de Misiones y hasta de Tierra del Fuego o Neuquén. Tenía pánico porque nos gritaban mucho y a mí nunca me habían maltratado. Esos primeros 45 días de instrucción la pasamos muy mal. No nos quería nadie, no querían mujeres ahí. La Marina es un lugar de hombres.

Ustedes eran apenas la segunda generación de mujeres, ¿no?

Nancy: Así es. Durante 45 días teníamos que pasar por un período selectivo preliminar (PSP) donde solo recibíamos instrucción militar, orden cerrado (cuerpo a tierra, carrera a mar, salto rana, etc.), natación, tiro, remo, etc.

La instrucción militar generalmente era en médanos, donde había muchas rosetas que con cada cuerpo a tierra nos hacían lastimar manos y rodillas. A medida que fueron pasando los días, las que teníamos el pelo largo fuimos pidiendo a nuestras compañeras que nos lo cortaran, ya que solo nos daban tres minutos para bañarnos.

Después de la jura a la bandera, nos dejaron ir una semana a casa. Fue hermoso volver, pero a los 3 días yo quería volver a la Base con mis amigas. Aparte, ya no me sentía parte de la vida de mi casa. No me dejaban hacer nada, ni la cama. Me sentí una visita en mi casa. Es que ya me había hecho una familia con mis compañeras. Se transformaron en las amigas que no habían tenido afuera.





¿Cómo era tu uniforme?

Nancy: Recuerdo que a veces nos reíamos con las chicas y decíamos que lo primero que nos enseñaron en la Marina fue a robar. Si te faltaba algo del uniforme, como el birrete, nos castigaban, pero no solo a la que estaba en falta, sino a todas. Así que la que perdía el birrete, tenía que robar otro birrete.

Dos días antes del juramento de la bandera, nos entregaron los uniformes de gala y eso nos llenó de emoción. Después, empezamos con las guardias médicas, aunque en realidad estábamos más de secretarias, tomando notas, porque aún no sabíamos mucho y no habíamos visto muchas cosas de enfermería.

Nuestra tarea consistía en registrar la entrada y salida de cada persona en el alojamiento. También hacíamos guardias médicas, teníamos un puesto de trabajo en el hospital, íbamos a la escuela de enfermería, hacíamos instrucción militar. Así que estábamos constantemente ocupadas. Nunca teníamos tiempo para descansar.

Durante el conflicto de Malvinas, en 1982, no salimos de la Base ni los fines de semana. Teníamos poca comunicación con nuestros viejos. Muchas veces pasamos de dos a tres días sin poder ir al alojamiento, ni a ducharnos ni a descansar.

Con respecto a la medicina, ¿cómo empezaste a sentir que era tu vocación?

Nancy: En realidad, yo pensaba ser veterinaria. Cuando volvimos y empezamos con las guardias médicas empecé a dar inyecciones intramusculares, a tomar los signos vitales.





Mi primer puesto de trabajo fue en Urología, con 16 años, y con mi compañera, que también tenía 16 años. No sabíamos nada de nada. Pero ahí encontré la vocación, ¿entendés?. Cuando empecé a tratar con los pacientes. Eso despertó mi vocación. La enfermería es así, demanda mucho. Te perdés muchas cosas de tu vida: los cumpleaños de tus hijos, de tus padres, las fiestas de fin de año, todo. A pesar de estos sacrificios, sentirte necesaria y casi imprescindible es una vocación que te llena por completo. Por eso, cuando ingresé como aspirante, me enamoré de la enfermería.

Nos costó mucho soportar el maltrato de los hombres, nos resultó extremadamente difícil porque no entendíamos por qué éramos tratadas tan mal. Parecía que no nos querían para nada. Por ejemplo, había un oficial que, cuando salíamos en formación a las 10:00 de la mañana, nos miraba y decía: "Ustedes, el paso está mal. Vuelvan dentro de dos horas." Luego, decía: "A ver, ustedes, tienen la gorra torcida, váyanse de nuevo." Y así, a veces, nos mantenían en esas idas y venidas hasta su cambio de guardia.

En 1982 el hospital empezó a vaciarse. Primero vaciaron la sala de neonatología y maternidad. Nos dijeron que era para arreglarla y organizarla mejor. Empezaron a pintar y a hacer reparaciones, y a medida que las salas se iban vaciando, también notamos cambios en el personal.

Cuando nos dijeron que recuperamos las Malvinas, sentimos una alegría indescriptible. Nadie pensaba que los ingleses vendrían. Ese era el comentario general: "Los ingleses no vendrán", casi todo el mundo estaba tranquilo. Pero, en los 15 días posteriores al inicio del conflicto, empezaron a llegar los primeros pacientes con pie de trinchera.

Y esa también era una realidad dolorosa para nosotras. Yo me convertí en mujer de un día para otro, para poder enfrentar estas situaciones. Soldados de Misiones, Entre Ríos, con pie de trinchera grave. Y eso





pasaba porque, según nos contaban, el cabo de guardia o el oficial los habían parado en un charco durante varias horas. Los paraban ahí, para castigarlos.

A otros, se les producía pie de trinchera por el frío, por no tener la vestimenta adecuada para ese clima, porque al hacer las trincheras para refugiarse, el agua brotaba y debían permanecer en ese espacio que era su refugio. Lo que no creo es que hubiera justificación para después perder las piernas. Habían ido con el mismo equipo que teníamos nosotros. O sea, dos pares de medias, una camiseta manga larga, una camiseta manga corta, la ropa de fajina, la ropa de gimnasia, el gabán.

Durante 29 años mantuve ese recuerdo borrado de mi mente, intentando seguir adelante con mi vida y olvidar Malvinas. Yo hice mi vida y todo. Sin embargo, con el tiempo, empecé a entender mejor lo que sucedió, aunque aún puede que me equivoque. Es un proceso complejo de asimilar y todavía estoy tratando de reconciliarme con esos recuerdos. Entonces, de repente, empezaron a llegarme mensajes. Creo que estoy en la peor parte de mi crisis ahora, porque cada 4 o 5 meses me atacan los nervios y me enfermo del estómago, termino internada y deshidratada. Estoy buscando una manera de manejarlo.

Antes, nunca hablaba de Malvinas en terapia, ni siquiera con mi familia o en el trabajo. Sin embargo, ahora, empecé a escribir sobre ello. Quiero que escribamos un libro con mis compañeras, pero ninguna quiere participar; hemos vivido cosas terribles que muchas prefieren olvidar. A pesar de eso, siento la necesidad de contar nuestra historia. Así que he comenzado este proyecto, aunque sea sola.

Bueno, les cuento. Uno de los chicos que atendí estaba sufriendo de lo que llamamos “pie de trinchera”. Para aliviar su dolor, le pusimos un arco sobre los pies para que las sábanas y frazadas no los tocaran, ya que el sufrimiento que describía era terrible. Nosotras raspábamos la





piel hasta que sangraba y luego comenzaba a curarse. Ese proceso se repetía, raspando de a poco, hasta que la piel empezaba a sanar. Había casos en los que la infección llegaba a requerir amputaciones y, en otros casos, llegaban a perder la pierna porque se había gangrenado.

Lo más duro era que no teníamos a nadie que nos contuviera. Estábamos solas, sin nadie mayor que nos brindara apoyo emocional.

¿Recordás algún caso especial de los pacientes de esa época?

Nancy: Conocí a un herido que me dijo que le tapara los pies porque tenía frío. Le respondí que estaba bien, pero cuando intenté taparlo, noté que le habían amputado las dos piernas. A mí no me informaban de estas cosas, no me decían: “Vamos a hacer determinado procedimiento”, simplemente seguíamos las órdenes de las enfermeras profesionales y médicos. Cuando este chico volvió a decir que tenía frío, le respondí que ya lo había tapado.

Más tarde, un teniente médico le explicó la situación. Entramos juntos y le dijeron al chico que tenían dos noticias: una buena y una mala. La buena noticia era que, por su desempeño en la guerra, le iban a regalar un televisor a color. La mala noticia era que le habían tenido que amputar ambas piernas. Imaginate, el ataque de nervios que tuvo fue terrible, no podíamos calmarlo. Finalmente, lo sedaron, pero necesitaba vigilancia constante porque intentaba tirarse de la cama y no quería comer.

Una vez, mi compañera llegó tarde y empezamos a discutir delante de él. Sorprendentemente, se sonrió, y aprovechamos ese momento para darle de comer. Todos los días preparábamos alguna discusión distinta para hacerlo reír y así lograr que comiera. Poco a poco, empezó a recuperarse. Ese chico ni siquiera debería haber hecho el servicio militar, era el único sostén de su familia. Vivía con su madre y tenía dos hermanas pequeñas. Te juro que no sé cómo lo hacíamos, pero





estos chicos llegaban con la mirada perdida, como muertos en vida.

Encima, desde el 2 de abril en adelante nos cortaron el franco, no salíamos y la correspondencia a nuestras familias llegaba censurada. También nos llegaba censurada la que nuestros padres nos enviaban. Les ponían una tinta que hasta ahora no sé qué carajo era porque no se puede ver ni a trasluz.

Durante la guerra fue, claramente, cuando más trabajo tuvimos. El hospital, por ser el más grande de Sudamérica, fue elegido para ser el hospital de clasificación de heridos, que después eran trasladados a hospitales de la fuerza que les correspondía. La situación de movimiento era constante: salía un paciente y entraba otro. Nunca sabíamos cuándo se podía recibir más heridos. Estábamos en una rotación continua de trabajo, con heridas de todo tipo. Por esquirlas, pie de trinchera, hipotermia, neumonías, apendicitis, heridos de bala, de todo.

El único lugar en el que podíamos llorar era el baño. Allí nos reuníamos, nos abrazábamos y encontrábamos consuelo entre nosotras, ya que éramos de la misma edad y compartíamos el dolor. Luego, debíamos recomponernos, poner una cara amable y seguir atendiendo a los pacientes con una sonrisa. Chicos de casi nuestra edad, encima. Por eso, a pesar de todo, tratábamos de hacer lo mejor para ellos.

Les escribíamos cartas a quienes no sabían escribir y se las mandábamos a sus padres, avisando que estaban en el hospital. Durante la noche, con cospeles para el teléfono, afuera de la cantina, hacíamos los llamados. Una de nosotras, por ejemplo, tenía el número de teléfono del almacén de su pueblo. Nosotras hacíamos llamadas desde el teléfono de la cantina y la información se transmitía hasta que su familia supiera que estaba bien. Era una forma de mantenernos conectadas y darles un poco de alivio a quienes estaban lejos de sus seres queridos.





Nosotras terminamos en diciembre de 1982 de atender a heridos de la guerra. Daniel Paredes fue el último herido que atendimos. En ese momento, el personal civil de la Armada fue asignado a la parte de infecciosas, mientras que los militares heridos seguían siendo atendidos en esa área. Nunca paramos; podíamos pasar dos o tres días sin dormir.

Mis compañeras y yo estábamos allí durante la noche, y cuando regresé a casa después del conflicto, les conté que me habían dado la baja. Para mis padres, especialmente para mi mamá, fue un alivio, ya que ella había estado muy preocupada durante el conflicto de Malvinas. Me encuentro con gente que dice: “Ay, me hubiese gustado estar allí”. Y yo les respondo: “No tenes idea de lo que te salvaste”. No había un solo chico que regresara bien; todos volvían con alguna secuela. Algunos perdieron amigos, otros una pierna, y muchos vieron sus vidas destruidas. La adaptación a la vida después del conflicto fue extremadamente dura.

Nos gustaría preguntarte sobre el documental y tu trabajo con Gretel. ¿Cómo ves la importancia del formato audiovisual en este proyecto? ¿Considerás que el documental es útil para dar a conocer la historia de ustedes?

Nancy: Sí, totalmente. Moviliza. Cada vez que se presenta el documental yo trato de ir porque siempre hay gente que se interesa por eso, porque no conoce la historia.

Gretel: Voy a contar una cosita chiquitita de cuando empezamos a hacer el documental. Nosotros, obviamente, no solamente acudimos a ellas. Muchas personas participaron en el documental, algunas más





que otras. Investigamos a otras enfermeras e instrumentistas para ofrecer una visión completa de la experiencia de las mujeres en Malvinas. Queríamos presentar no solo un punto de vista, sino múltiples perspectivas, abarcando diferentes roles y experiencias.

Cuando les comunicamos a las aspirantes de Puerto Belgrano, que estaban involucradas en enfermería y otras tareas, que participarían en el documental, algunas se negaron. En particular, una de ellas expresó que no quería compartir pantalla con otras, evidenciando las tensiones internas que existían en la reconstrucción de la historia. Esta situación me hizo tomar una decisión clara como directora: enfocarnos en las voces que deseaban ser escuchadas, en lugar de aquellas que se sentían incómodas con la exposición.

Había un gran foco en las voces de quienes fueron reconocidas o estuvieron cerca de las islas, pero queríamos dar visibilidad a las aspirantes que, a pesar de su valiosa contribución, a menudo eran pasadas por alto. Decidimos ofrecerles un espacio en el documental, y estamos muy contentos con esa decisión. El equipo ha visto cómo, incluso años después de la filmación —realizada en 2016 y 2017—, estas mujeres siguen comunicándose con nosotros, visionando el documental y participando en discusiones sobre sus experiencias.

El documental ha servido como una herramienta para que ellas puedan expresar sus vivencias sin tener que repetir constantemente lo que vivieron. Esto ha permitido que sus experiencias sean reforzadas y reconocidas en primera persona. Así, este cortometraje no solo proporciona visibilidad a las historias de las mujeres de la Marina durante ese tiempo, sino que también contribuye a que las nuevas generaciones reconozcan y valoren su labor, que fue en gran medida ignorada por la historia oficial.

Estoy realmente feliz de que Nancy esté aquí hoy. Para ella, contar su historia ha sido un desafío, así que es un honor que Pablo y Melisa ahora tengan un material único.





¿Por qué creen que hubo este silenciamiento?

Nancy: Creo que gran parte del problema es que éramos menores de edad y no estábamos recibidas, éramos estudiantes de enfermería. Y aun así tuve que estar a la altura de las circunstancias. Hice suturas, atendí heridas y participé en la rehabilitación. A menudo se minimizaba nuestro trabajo. Había momentos en los que sacábamos fuerzas de donde no sabíamos para cumplir con nuestras tareas. A veces, no entendemos cómo logramos enfrentar esas situaciones extremas. Aún hoy, después de años de terapia, no he hablado mucho de Malvinas porque me prohibieron hacerlo en su momento.

Recientemente, una agrupación de mujeres me ha invitado a eventos para hablar sobre el rol de las mujeres en Malvinas. Sin embargo, al mencionar a las enfermeras de Malvinas, se tiende a excluir a las aspirantes, como si no hubiéramos tenido un papel significativo. En la última invitación, una jueza mencionó que las enfermeras deberían ser reconocidas, pero no se incluían las aspirantes en la definición.

Un veterano siempre dice que, según el Tratado de Ginebra, a donde va un herido se traslada la guerra. Finalmente, en el hospital de niños conseguimos que se reconociera a las aspirantes y enfermeras de Malvinas como tales, y no solo como "enfermeras de Malvinas" sin distinción.

Gretel: Desde mi lugar de realizadora quiero agradecerles por esta entrevista, porque, como bien dije, desde su creación este documental se propuso llegar a ser una herramienta, un canal, para que tanto Nancy como sus compañeras pudieran utilizarlo como hilo conductor y que, de alguna forma, la sociedad pudiera reconstruir un poco la historia de voces que todavía no estaban siendo escuchadas y aún hoy siguen silenciadas. Por eso mismo, me encantó que Pablo me haya contactado y que hayan tenido el interés de conocer más de la historia.





REFERENCIAS

Suárez, G. (Directora). (2017). *Las Aspirantes* [Cortometraje]. ENERC, INCAA. Recuperado el 12 de marzo de 2025 de <https://play.cine.ar/INCAA/produccion/6032>

